

## ***La clase política***

**Gaetano Mosca**

Colección Conmemorativa 70 Aniversario

300 pp.

por Mirna Apodaca Gaona

“No puede haber organización humana sin jerarquía, y cualquier jerarquía exige necesariamente que algunos manden y otros obedezcan”.

Hace más de un siglo, Gaetano Mosca planteó sin tapujos la existencia de dos clases bien diferenciadas y opuestas entre sí; clases cuya caracterización va más allá de la sola pertenencia a una raza, posición económica o espacio geográfico. Y es que, según Mosca, independientemente del credo o grado de civilización de una sociedad, en ésta existe siempre un grupo gobernante y otro de gobernados. Esta división sustenta y es punto de partida para la investigación acerca del poder emprendida por el intelectual italiano.

Sin embargo, esta afirmación, básica en el pensamiento de Mosca, responde a un largo y minucioso examen de la historia humana, examen que trasciende la mirada curiosa de quien explora un paisaje con ánimo únicamente descriptivo. A lo largo de su análisis histórico, Gaetano Mosca tiene claro que en la multiplicidad y constante transformación de la organización humana existe algo que permanece y, en tanto es reconocible en todo fenómeno político, funciona como base para el análisis del poder; ese algo es la clase política.

Esta búsqueda de un elemento que permanece a pesar de las idas y vueltas de las distintas civilizaciones, ha encontrado muchos nombres en el camino del pensamiento: desde el planteamiento de la raza como aquello definitorio en el modo de organización de una comunidad y su grado de avance moral, hasta la señalización de lo geográfico como la razón científicamente probada de un determinado desarrollo en ciertas culturas y el atraso en otras. Sin embargo, ambas afirmaciones no dan muchas luces acerca del por qué precisamente una comunidad se organiza de determinada forma; más aún, ambas encuentran contradicción en el fenómeno social y, para un espíritu científico, eso es imperdonable.

Por su parte, en sus observaciones, Mosca vislumbra que independientemente del clima, la raza, la época, la distribución de la riqueza o la clasificación del régimen político –ya sea éste monárquico, despótico o democrático–, en toda organización humana que haya trascendido el estadio primitivo, alguien manda y el resto le obedece.

Gaetano Mosca sugiere así darle una dirección al análisis del poder y, en principio, esta dirección se aleja de pretensiones metafísicas. Tanto clase política como clase gobernada son la expresión de una naturaleza humana que no está puesta a discusión. En todo caso, el por qué ciertos individuos forman parte de la elite política y no del grupo que obedece encuentra su respuesta en las condiciones ideológicas, familiares, culturales y, en todo caso, en las capacidades del temperamento. Así, el planteamiento de Mosca pregunta

más bien por el cómo, en qué condiciones, tal o cual clase política obtiene, conserva o pierde su lugar en el vértice de la pirámide social.

Sin embargo, el solo reconocimiento de la clase política no explica el desarrollo de una sociedad ni los avatares del poder. La obtención, conservación y pérdida de *status* se relacionan no sólo con cuestiones como el momento histórico, el enlace con los gobernados o el azar, sino que la elite política necesita justificar su lugar en la sociedad; es decir, necesita de un discurso que dé sentido a su papel frente al gobernado y ante ella misma, un discurso que identifique ambos grupos como partes de una unidad y justifique la búsqueda de poder y estabilidad en él para uno de ellos. Así, en cuanto el discurso de la clase gobernante choca con lo proyectado y vivido por la clase gobernada se hace necesario el cambio. Esta justificación, esta ilusión general cuya moralidad dependería del ser conciente, en mayor o menor medida, de los objetivos perseguidos por la clase que la propone, es una “fuerza social que sirve para cimentar poderosamente la unidad y la organización políticas de un pueblo y de una civilización entera” . De alguna manera, esta ilusión tiene un nexo implícitamente dado con aquella mentira noble recomendada hace dos mil años por Sócrates en *La república* de Platón.